

Olimpiadas y política: Esperando Beijing 2008

Diego García Monge

Licenciado en Filosofía

El régimen nazi quiso hacer de los juegos olímpicos de 1936, celebrados en Berlín, una ocasión propicia para demostrar la “superioridad” de la raza aria. A la larga, esa competencia ha sido recordada más bien por la proeza de Jesse Owens, atleta afroamericano que obtuvo cuatro medallas de oro, en 100 y 200 metros planos, relevos de 4 x 100 metros y salto largo.

Es bien conocida la humillación que le significó a Adolf Hitler el que Owens se erigiera como el atleta más destacado del certamen, aunque hay otra historia, tanto o más significativa, que se conoce menos. Con ocasión de la prueba de salto largo, el régimen nazi tenía cifradas sus esperanzas en lo que pudiera hacer Luz Long, que representaba el paradigma del atleta ario. En la fase eliminatoria de la prueba, al realizar su primer salto, Long estableció un nuevo récord olímpico. Hitler, quizás con el propósito de agraviar a Owens, se había retirado del palco en los momentos en que este se disponía a saltar. Nervioso por la nueva marca establecida por Long, o irritado por el desaire de Hitler, el caso es que Owens anuló sus dos primeros intentos y únicamente le quedaba un último salto para lograr la marca mínima que le permitiera acceder a la final. Owens se enfrentaba a la posibilidad cierta de quedar eliminado de la prueba y pasó por momentos de pánico mientras esperaba el turno para su tercer intento. Sorpresivamente, se le acercó Long y, dándose a entender lo mejor posible al no dominar ambos un mismo idioma, aconsejó a Owens —a quien no conocía— acerca de la manera de asegurar un salto válido que le permitiera clasificar. Owens le hizo caso, consiguió clasificar y días más tarde triunfó sobre Long, batiendo la marca olímpica que el alemán había establecido durante la clasificación. Pese al visible disgusto que este resultado le significó al *Führer*, Long fue el primero en acercarse a felicitar al vencedor Owens y fotografiarse con él. Mientras el estadounidense completó su cosecha de cuatro *oros*, el alemán debió conformarse con una medalla de plata en salto largo y el décimo lugar en salto triple¹.

Aunque la opinión pública mundial debe hacer valer su voz allí donde pueda, en el caso de los gobiernos trasladar a las competiciones deportivas lo que debe ser resuelto en el ámbito de la diplomacia política y económica es un modo elegante de esconder la propia hipocresía.

PROTEGER LAS COMPETICIONES

Ante la próxima inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing, se ha suscitado una apasionada polémica acerca de las connotaciones políticas de los mismos, atendido el hecho de ser el régimen chino uno de caracteres totalitarios. Las críticas recrudecen a la luz de la reciente y cruenta represión en el Tíbet. La marcha de la antorcha olímpica por distintas ciudades del mundo ha suscitado numerosas protestas, al extremo de forzar a la ridícula circunstancia de que algunas escalas de su trayecto en dirección a China se hayan realizado en forma clandestina.

Tal como el ejemplo de las Olimpiadas de Berlín de 1936, episodios de connotación política en estos torneos son frecuentes, a diversas escalas: desde un atleta que aprovecha las condiciones de mayor libertad que pueda ofrecer la nación anfitriona para pedir asilo político y dejar así su propio país, hasta las presiones de gobiernos sobre el deporte olímpico con el objeto de obtener logros extradeportivos. En tal sentido, el boicot del Gobierno estadounidense a las olimpiadas de 1980, en protesta por la invasión soviética de Afganistán, y la vuelta de mano del régimen de la U.R.S.S. negándose a asistir a las Olimpiadas de Los Ángeles en 1984, han sido la expresión máxima de politización del deporte olímpico. Lo que está ocurriendo ahora con los Juegos de Beijing no supera esas cotas. A la hora de la evaluación, dichas acciones obtienen satisfacciones apenas marginales, y causan un grave daño al deporte olímpico. Aunque hay que ser muy claro en afirmar que, como en el caso presente, es de justicia que la comunidad y la opinión pública internacional se manifiesten enérgicamente y sin desmayo a favor de imperativos

tales como el respeto a los derechos humanos en el país anfitrión —por mencionar nada más que un asunto—, esperar que las olimpiadas deportivas se transformen en una variable relevante en la resolución favorable de esa lucha es, a lo menos, pueril². No es ilícito aprovechar las condiciones de más exposición relativa de China a los ojos del mundo para clamar por el respeto a los derechos de su población. Sin embargo, así como el boicot de 1980 finalmente castigó mucho más a los atletas norteamericanos impedidos de competir en Moscú que al propio país organizador, hay que tener cuidado, ahora y en el futuro, de no pedir a los juegos olímpicos lo que ellos no pueden proporcionar: resolver, siquiera marginalmente, asuntos políticos que deben abordarse sustancialmente en otros foros, políticos, económicos o comerciales. Aunque la opinión pública mundial debe hacer valer su voz allí donde pueda, en el caso de los gobiernos trasladar a las competiciones deportivas lo que debe ser resuelto en el ámbito de la diplomacia política y económica es un modo elegante de esconder la propia hipocresía. La inasistencia de un gobernante a la ceremonia de inauguración es perfectamente irrelevante si al mismo tiempo se mantienen relaciones diplomáticas, o se compran y venden productos con el país acusado. Sin perjuicio de aprovechar estos juegos para hacer conciencia de los problemas por los que atraviesa —en este caso, China³—, hay que proteger lo que pueda sobrevivir de noble y bello en las competiciones olímpicas⁴.

EL MENSAJE MORAL DE LOS DEPORTES

Tal como en el ejemplo de Long y Owens, tal vez cabe preguntarse si las competiciones deportivas mismas, lealmente ejercitadas, contienen algún mensaje de alta política que merezca divulgarse. El comportamiento de estos dos atletas, como competidores pero más tarde como profundos amigos, refutó —dentro de lo que es posible pedir a un torneo deportivo— una tesis política infame. Georges Mead recalca la importancia de los juegos y de los deportes en la capacidad del niño de interiorizar roles sociales; colocarse en el lugar de otros; proponerse el logro de objetivos individuales al interior de una trama social en concordancia con ella; cooperar al logro de metas colectivas, y operar con reglas dotadas de imparcialidad que, así como permiten la consecución de excelencia individual, conllevan relaciones de respeto y aprecio hacia el logro legítimo de otros. John Rawls

Como en el ejemplo de Luz Long y Jessie Owens en las Olimpiadas de 1936, tal vez cabe preguntarse si las competiciones deportivas mismas, lealmente ejercitadas, contienen algún mensaje de alta política que merezca divulgarse.

destaca por su parte cómo en las organizaciones sociales —no solo las deportivas, pero también ellas— nos habilitamos para comportarnos conforme a reglas que enfatizan la reciprocidad en el trato y que nos habilitan por ello para relacionarnos de modo justo e imparcial con nuestros semejantes, cuestión fundamental del desarrollo moral y del logro de una sociedad estable y bien ordenada⁵. Las reglas deportivas cumplen con estos requisitos. No son dictadas a favor de nadie, aunque ciertos deportes permitan una mejor especialización de algunos rasgos físicos en lugar de otros. En un contexto de reglas imparciales, junto al deseo de victoria —propio de los deportes griegos— se abre espacio el aprecio del juego por el juego mismo, y el *fair play* y la admiración hacia el justo vencedor, elementos característicos de la tradición de los deportes ingleses⁶. Refiriéndose a la exacerbación de la competitividad en la sociedad de mercado que instauraron los militares en Chile, y en los momentos en que querían trasladar sin más ese criterio a la vida académica, Jorge Millas formuló una reflexión incisiva y que viene al caso: “El término ‘competencia’ lo tenemos demasiado asociado a las contiendas económicas y está destinado a expresar los conflictos de intereses. En este campo (académico y científico), yo hablaría de ‘emulación’, es decir, de búsqueda de mejores caminos para alcanzar los fines espirituales propios de una universidad”⁷.

¿Qué interés podía tener Long en facilitar la clasificación de Owens y, con ello, su propia derrota? Tal vez la comprensión de que entre los fines de los deportes bien jugados, si no se puede ganar por tener los méritos para hacerlo, es preferible que se cumpla el apotegma del más grande de nuestros deportistas y pensadores: “Que gane el más *mejor*”, que en el fondo es lo mismo que aconsejaba el viejo Sócrates al petulante y ambicioso Alcibíades acerca de quién era preferible que gobernara una ciudad (para desazón de Alcibíades, por cierto, a la larga convertido en cultor del embuste y el cambalache por no tener el suficiente carácter para el esforzado y no menos deportivo *nosce te ipsum* —conócete a ti mismo—).

¹ RAMÍREZ E., Bernardo: *Jesse Owens, el hombre que derrotó a Hitler*. www.inder.cu/portal/publicaciones%5COLimpia%20Digital/No-Actual/Trabajos/Ateneo/Jesse%20Owens.htm

² Si la decisión del COI de otorgar la sede a China en 2001 se fundó en que esto contribuiría a mejorar la situación de los derechos humanos en el país, entonces habría que dirigir parte de las críticas al propio COI por incurrir en un error de cálculo tan enorme y tan fácil de evitar: “No hay que pedirle peras al olmo”.

³ Tal y como se apunta, y con razón, en contra del indignante récord chino en materia de derechos humanos, imagine el lector si se pidiera de los juegos olímpicos ser escenario de resolución de la controversia sobre la atrocidad de la cárcel de Guantánamo, o sobre la reciente directiva europea relativa a la inmigración ilegal —regresiva para los derechos humanos de los inmigrantes—, y ello se tradujera en sanciones a las delegaciones deportivas de los países responsables de esas tropelías.

⁴ Protegerlas no solo de la manipulación política sino también de la espesa trama de otros intereses que subordinan al deporte. Por ejemplo, de las inhumanas formas de explotación laboral practicadas por las transnacionales de ropa e implementos deportivos. www.consumeycalla.com

⁵ MEAD, Georges: *Espiritu, Persona y Sociedad*, Paidós, Buenos Aires, 1972, pp. 182 a 193. RAWLS, John, *Teoría de la Justicia*, FCE, México, 2003, pp. 422 a 427.

⁶ Ver dossier de la revista *Estudios Públicos* n° 65, Verano de 1997: Alfonso Gómez-Lobo, *Las olimpiadas en el mundo antiguo*; Claudio Véliz, *Los deportes en equipo, un mundo hecho en inglés*; Alfonso Gómez-Lobo, Claudio Véliz, Arturo Fontaine Talavera y Ernesto Rodríguez, Coloquio: *Deportes griegos e ingleses*.

⁷ Publicado en revista *Hoy*, 21 al 27 de enero de 1981.



Podio del salto largo, Berlín, 1936: Jesse Owens y Luz Long (junto al japonés Naoto Tajima).

A MODO DE EPÍLOGO

“Amigos para siempre” fue el lema olímpico de Barcelona 1992. Una vez terminado su duelo en el salto largo, Jesse Owens y Luz Long mantuvieron muchas conversaciones en los días que duró la Olimpiada. Acabada esta, nunca más volvieron a verse, pero mantuvieron periódica correspondencia. Al iniciarse la segunda conflagración mundial, Long fue reclutado por el ejército alemán. Pese a que los deportistas de la elite alemana tenían dispensa de enrolarse, hay quienes sostienen que Long fue alistado como castigo precisamente por su gesto de caballerosidad hacia Owens. En una de sus últimas cartas a Owens, Long le confidencia: “tengo miedo. No es sólo el hecho de morir, sino morir por una causa injusta”. Y le pide “a mi único amigo fuera de Alemania” que, si algo llegara a ocurrirle, algún día visite a su esposa e hijo. Long falleció a consecuencia de heridas de guerra recibidas en Sicilia, en 1943. Owens cumplió con su amigo, cuando un tiempo más tarde visitó a su familia y pudo testimoniarles: “se podrían fundir todas las medallas y copas que gané, y no valdrían nada frente a la amistad de 24 quilates que hice con Luz Long”. **MSJ**

⁸ LAÍN ENTRALGO, Pedro: *El cuerpo humano. Teoría Actual*. Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 302 y 303.

⁹ Sugiero la lectura del libro de Esteban Gumucio, ss.cc., *Bienaventurados los viejos*, disponible en <http://www.estebangumucio.cl> y José Luis Domínguez, *Reflexiones acerca de la evolución del hecho deportivo*, Universidad del País Vasco, 1995, pp. 59 a 63.

UN CUERPO AMBIVALENTE

Una acotación breve a propósito del cuerpo. Para los espectadores de los juegos olímpicos, estos son una exposición maravillosa de la belleza del cuerpo humano y su destreza, y, pese a su dimensión competitiva, es también una invitación a la emulación que recomendaba Jorge Millas, por cuanto un deportista, aun sin vencer a sus rivales, sí puede proponerse mejorar sus propias marcas y alcanzar una mayor excelencia. Sin embargo, todo lo que podemos gozar viendo las competiciones oculta un rasgo ambivalente. La extremada profesionalización de los deportes despierta dudas acerca de la experiencia que de su propio cuerpo realiza un atleta. Lo que resulta admirable de observar, a veces es fruto de un trabajo sobre el cuerpo que bien podría considerarse alienante. Las carreras de los deportistas de elite son breves y el resultado de ellas no pocas veces son sujetos prematuramente envejecidos, crónicamente lesionados y socialmente melancólicos o inmaduros. Pareciera que se han relacionado con su cuerpo como con una cosa ajena a ellos mismos, una máquina orientada al logro eficiente de metas productivas.

Por otra parte, el cuerpo que se exhibe en las olimpiadas normalmente se encuentra muy estilizado y oculta la condición inexorable de su declinación. Como señala Laín Entralgo, “la ontogénesis del cuerpo humano es en rigor la sucesión de la oriógénesis (de *orios*, lo que está maduro) y una gerontogénesis (de *geron*, el viejo), que se solapan entre sí”⁸. La justa olímpica se obsesiona en mostrarnos el cuerpo perfecto y en esa obsesión incluso puede incurrirse en las trampas de hacer rendir artificialmente el físico más allá de sus posibilidades naturales, de lo que da triste testimonio la cultura del dopaje que, coincidencia o no, reproduce el pecado original del mito fundador de los Juegos Olímpicos Griegos, en el que el tramposo Pélope ganó de modo fraudulento la carrera de carros a Enemao —conduciéndolo a la muerte— a fin de conseguir la mano de Hipodamia.

El olvido de los propios límites —físicos y éticos— pone una interrogante a la hiperprofesionalización del deporte de elite, tan bien representada en las olimpiadas, al mismo tiempo que aconseja no dejar de recordar como experiencia reconciliada con el cuerpo propio otros momentos como la enfermedad, la vejez y finalmente la muerte⁹.

Bilbao, Vizcaya, 21 de junio de 2008